

TYCHE Y AUTOMATON

Beatriz Reoyo

Vamos, en primer lugar, a retomar algunos puntos que sobre el concepto de repetición aparecieron en la clase anterior “de la red de significantes” que señaló Alejandro Lucero.

En esa clase Lacan dice que Freud en el artículo de 1914, *Recuerdo, repetición y elaboración*, es donde por primera vez articula esta función de repetición. Para aproximarnos a ella, haremos algunas distinciones. Primero decía Alejandro Lucero que la repetición no es reproducción, no es reproducción de lo mismo, de lo vivido. Reproducir es un concepto asociado al método catártico, tomado de Aristóteles, de la función del drama: se reproducía un conflicto y con eso el paciente se liberaba, se le hacía revivirlo para comprenderlo.

Y en relación al recuerdo, diferenciamos entre reminiscencia y repetición. En la reminiscencia el recuerdo se dirige a algo que está en el pasado, mientras que la repetición, dirigiéndose a algo que está en el pasado, produce algo nuevo. El concepto de novedad es muy importante para pensar el concepto de repetición. La reminiscencia lleva consigo la idea de algo que ya está, que no produce ninguna novedad, es algo ya dado, el recuerdo es algo como tal ya dado. La repetición implica “de nuevo”, otra vez, como decimos coloquialmente, ¿Cómo puede ser que me vuelva a pasar esto de nuevo?.

Entramos ahora en el capítulo V *Tyché y automaton*, que comienza con la intención de proseguir el examen del concepto de repetición. Es el segundo concepto que va a encarar. El primero, recordáis, fue el concepto de inconsciente.

Este concepto le permite acentuar que el psicoanálisis contiene los elementos necesarios para dirigirnos a un idealismo. Por tanto, la pregunta primera que plantea este capítulo es si **¿el psicoanálisis es un idealismo?**. Es una pregunta que se sitúa en el contexto del momento, de la época, pero es válida también para nosotros.

Fijaros que lo primero que se nos ocurre cuando escuchamos la palabra idealismo es su opuesta –realismo-. Y el primer efecto del concepto de inconsciente, tal como lo hemos ido viendo en otras clases, es el producir una cierta desrealización, al hacer del inconsciente un sistema de pura forma, en el sentido de que elimina toda realidad salvo el punto que es el sujeto.

De ahí que se diga que el psicoanálisis reduce las experiencias que se apoyan en los conflictos, en las luchas de clase, de la explotación del hombre por el hombre, como las razones de nuestras deficiencias o que el psicoanálisis apuntaría a dar existencia a

tendencias primitivas, internas del sujeto. En cualquier caso, conduciría a algo que no toma en cuenta la realidad en la que vivimos.

Sin embargo, Lacan, dice que es todo lo contrario, que desde sus primeros pasos el psicoanálisis nos muestra que el corazón de su experiencia, viene dada por el núcleo de lo real. El psicoanálisis por tanto no es un idealismo porque el inconsciente conecta con lo real. Este real es lo que nos indica que no soñamos, en un sentido amplio, como cuando decimos que *la vida es sueño*.

Entonces tenemos que la repetición se liga a lo real, se conecta con algo de lo real del sujeto, y esa conexión con lo real es lo que está en causa en la repetición. ¿Dónde encontramos ese real? Efectivamente lo encontramos, es del orden de un encuentro, de una cita a la que estamos requeridos. Y Lacan toma del vocabulario de Aristóteles el término *tyché* que traduce por el encuentro de lo real. La función de la *tyché*, de lo real como encuentro, encuentro que puede ser fallido, que esencialmente es el encuentro fallido, se presentó en primer lugar en la historia del psicoanálisis bajo la forma del traumatismo. El trauma ya nos da una idea de cómo lo real se presenta de esa forma accidental, de un encuentro con algo que no esperábamos. Después volveremos sobre ello.

Y Lacan utiliza otro término también tomado de Aristóteles que es el *automaton*. Dice que lo real está más allá del *automaton* y lo traduce como el retorno, el volver, la insistencia de los signos a que nos vemos mandados por el principio del placer. El *automaton* entonces tiene que ver con lo que en la clase anterior se ha llamado la red de los significantes, es la estructura misma de la red la que implica los retornos. Así dice en el capítulo anterior ¿Qué es una red? Una red se retorna, se regresa, se cruza su camino, ello coincide siempre de la misma manera y siguiendo a Freud pone el ejemplo del azar: hablen de azar, señores, si eso les complace, pero yo, en mi experiencia, no constato ahí nada arbitrario, pues ello coincide de tal modo que escapa al azar.

Por tanto, para la repetición tenemos esos dos términos: el *automaton*, la cadena significativa que nos va a dar la ley de los retornos, es decir, que vamos a tener por la vía significativa y sus articulaciones como retorna, y la *tyché* que nos lleva a la causa de esos retornos, su causa real.

Esa *tyché*, ese encuentro con lo real, decíamos que es el modo en que se presenta el trauma, de un modo accidental, donde el sujeto no puede nombrar lo que se impone ante él, donde lo real se presenta bajo la forma de algo inasimilable. El trauma aparece como inasimilable a las redes del principio del placer, es decir, de entrada como algo que está fuera de la cadena significativa. Como si dijéramos, en la repetición, detrás del *automaton* lo que encontramos es lo real.

El trauma debería ser asimilado por la homeostasis que orienta todo el funcionamiento del principio de placer, y sin embargo vemos que no, que queda algo inasimilable. La homeostasis es un mecanismo que permite mantener un equilibrio, reduciendo las variaciones de cantidad de energía y regulándolas, es algo que regula el sistema, por tanto. La función del principio del placer es mantener la tensión en posición de equilibrio, de mínima tensión y el que vendría a asegurar que eso se produzca mediante los rodeos que sean necesarios, es el principio de realidad. En el trauma lo que encontramos es una desregulación, un desequilibrio, un fracaso como intento de regulación homeostática, una necesidad de repetición que va más allá del principio del placer, al conservar la insistencia del trauma, el displacer, al recordarlo y al reaparecer, a veces sin velos, como por ejemplo en los sueños, complicando la tesis de Freud de que el sueño es una realización de deseos. Los sueños traumáticos vienen a transgredir aparentemente esta tesis. Por eso el sistema de la realidad por más que se desarrolle deja prisionero de las redes del principio del placer, una parte esencial de lo que pertenece a lo real.

Lacan dice que queda como *Unterlekt*, que traduce por *souffrance*, se encuentra ahí a la espera, esperando ahí, como un sueño que espera el despertar. Antes hablábamos de lo real como el acontecimiento, el accidente, lo imprevisto, lo que no resulta de ningún cálculo. Ahora lo vamos a tomar en la función del despertar.

Tomemos un ejemplo cotidiano: uno está dormido y se despierta por un pequeño ruido, por ejemplo unos golpes en la puerta, que sonaban antes de que me despertara. Con esos golpes formamos un sueño, un sueño que manifiesta otra cosa que esos golpes. Y cuando me despierto, esos golpes (esa percepción) si tomo conciencia de ellos es porque entorno a ellos reconstituyo toda mi representación: sé que estoy allí, a qué hora me he dormido y lo que buscaba en ese reposo. Cuando llega el ruido del golpe, no a mi percepción sino a mi conciencia, mi conciencia se reconstituye entorno a esa representación y sé que estoy bajo el golpe del despertar, que estoy *knocked*. Ese *knocked*, ese golpe, esa hiancia, es la experiencia del despertar y es lo que Lacan subraya, como ese momento anterior a reconstituir mi representación, la realidad representada.

Lacan dice que cuando el sujeto se despierta se vuelve a dormir inmediatamente, ajusta sus representaciones y así puede vivir dormido la mayor parte de su vida. El despertar que el psicoanálisis pretende es un despertar a lo real, no importa si el sujeto está dormido o no en el sentido del reposo, pues es un despertarse de un sueño en la medida del sueño que preside la vida del sujeto. Conmueve al sujeto.

Vamos a tomar ahora el sueño (hecho también de ruido) que aparece en la *Interpretación de los sueños* : Freud considera que es un sueño prototípico: un individuo había pasado varios días, sin un instante de reposo, a la cabecera del lecho

de su hijo, gravemente enfermo. Muerto el niño, se acostó el padre en la habitación contigua a aquella en la que se hallaba el cadáver y dejó abierta la puerta, por la que penetraba el resplandor de los cirios. Un anciano, amigo suyo, quedó velando el cadáver. Después de algunas horas de reposo soñó que su hijo se acercaba a la cama en que se hallaba, le tocaba el brazo y le murmuraba al oído en tono de amargo reproche: "Padre, ¿no ves que estoy ardiendo?". A estas palabras despierta sobresaltado, observa un gran resplandor que ilumina la habitación vecina, corre a ella, encuentra dormido al anciano que velaba el cadáver de su hijo y ve que uno de los cirios ha caído sobre el ataúd y ha prendido fuego a una manga de la mortaja.

Freud encuentra una explicación sencilla para este sueño: el ruido, el resplandor entró por la puerta abierta donde estaba reposando el sujeto, y al herir sus ojos, provocó la misma conclusión que hubiera provocado en estado de vigilia: que la llama de un cirio había producido un fuego en un lugar cercano al cadáver. Pero lo que le llama la atención es que el sujeto en lugar de despertarse en el acto, haya podido producirse un sueño. Un sueño que traduce la casi identidad de lo que ocurre. Entonces la cuestión que se plantea es ¿Qué despierta? ¿No es, en el sueño, otra realidad?. Esa realidad que Freud describe así: el hijo parado junto a su cama, le coge el brazo y le murmura en tono de reproche *Padre ¿no ves que estoy ardiendo?*. Hay mas realidad en ese mensaje que en el ruido por el que identifica lo que está pasando en la habitación de al lado.

Seguramente, las palabras del niño –dice Freud- procederían de otras pronunciadas en algún momento y enlazadas a circunstancias que hubieron de impresionar al padre, tal vez por efecto de la fiebre. O tal vez esas palabras perpetúan el remordimiento del padre por encargar de velar al hijo a un anciano que seguramente no estaba a la altura de la tarea.

Dice Lacan que si Freud maravillado ve aquí confirmada la teoría del deseo, es señal de que el sueño no es tan solo una fantasía que colma un anhelo. Por eso podemos entender los sueños traumáticos. ¿Cuál sería el anhelo de este sueño? Que el hijo todavía vive. Pero más allá está la visión atroz del hijo muerto que va a coger a su padre por el brazo y, dice Lacan que allí se presentifica el deseo, por la pérdida imaginada, en el punto más cruel del objeto. Entonces, ¿Qué es lo que el sueño nos muestra como deseo? La inscripción de la pérdida, cuyo efecto es el objeto ausente.

Sigue Lacan y dice que tan solo en el sueño puede realizarse este encuentro verdaderamente único. Solo un rito, un acto siempre repetido, puede conmemorar este encuentro inmemorable pues nadie puede decir que es la muerte, nadie sabe lo que es la muerte, ningún ser consciente. Y dice M^a Laura Alonzo en el foro: En otras palabras, lo que presenta el sueño es un imposible. Este sueño que relata Lacan nos brinda la estructura del deseo. Diría que lo que nos vuelve a mostrar es que el lenguaje

está primero. Por ello hay cosas que nos están vedadas. No hay nadie que pueda saber, ningún ser consciente que pueda saber sobre el enigma de la muerte. El deseo es inseparable así del concepto de inconsciente.

¿Qué es entonces la realización del deseo en el sueño?

Ahora la realización ya no significa cumplimiento, significa dirigirse justamente a ese lugar de real que el sueño traduce. Entonces ya tenemos otra manera de entender este camino de la realización de deseo, como la puesta en acto de esa realidad que está ahí a la espera. Y nos muestra que el deseo no es infinito, que tiene un límite, límite que se encuentra más allá del principio del placer, en el campo de lo real y hace que el deseo sea indestructible.

Por eso habla Lacan del despertar, y dice que en el silencio de un mundo totalmente adormecido, una voz se hace oír: “padre ¿no ves que estoy ardiendo?”. Esta frase es una antorcha que por sí sola prende a lo que toca (naturaleza ígnea de la palabra) porque la llama alcanza a lo real, coagula un sentido real, y por tanto despierta a lo impensado.

Y termina este apartado diciendo que es lo real lo que gobierna más que cualquier otra cosa nuestras actividades, y el psicoanálisis es quien nos lo designa.